

EL CUENTO DE NAVIDAD

SEVERINO SALAZAR*

Se afirma que Charles Dickens le descubrió la Navidad a la sociedad victoriana en 1843, al publicar el primer cuento de Navidad. Y que este hecho, al mismo tiempo, le enseñó al mundo occidental cristiano una nueva forma de celebrar, sentir y ver la Navidad. Sin embargo, este acontecimiento literario tiene una causa histórica: en el siglo XVI, los austeros puritanos habían prohibido la celebración de la Navidad en el Reino Unido; incluso se prohibió cantar villancicos (*Carols*) en las iglesias. No es casual que Dickens le diera un provocativo título a su primera obra navideña: *A Christmas Carol*. Y fue tal el éxito y el entusiasmo provocado por el cuento, que a partir del año 1843, este autor escribía y publicaba uno cada año. Así pues, Dickens inventó el cuento de Navidad, descubrió el motivo literario y fijó las convenciones o los elementos constitutivos de este género. Algunos autores lo prefieren llamar un subgénero del cuento.

Para 1846, se reunieron en un solo volumen las tres primeras narraciones en *The Christmas Books (Cuentos de Navidad)*. Inmediatamente se tradujo a muchas lenguas, incluido el español. La nueva propuesta estética echa sus raíces en otras tierras y empieza a florecer y a dar sus frutos en otras lenguas. México no iba a ser la excepción. Adelantándonos un poco, *La Navidad*

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

en las montañas, de Ignacio M. Altamirano, es un relato de Navidad que sigue fiel y respetuosamente los paradigmas del relato dickensiano. Lo interesante es que aún se continúan escribiendo cuentos de Navidad. Muchos escritores no resisten la tentación de escribir aunque sea un cuento de Navidad en su vida. Llega hasta nuestros días casi sin perder su lozanía primigenia.

Por la manera en que Dickens cultivó este tipo de narración —y sin que haya sistematizado en una poética su invención literaria o haya dado una serie de reglas específicas— podemos enumerar algunas características. El cuento de Navidad, obviamente, debe suceder en la Noche Buena o alrededor de esa fecha. Esto implica el invierno: una atmósfera, que para el caso es determinante. Debe apelar a los sentimientos más primarios del ser humano; es sentimental en esencia, con una fuerte dosis de lo *kitch*. Debe haber una epifanía, una revelación, que nos descubra una faceta positiva de la condición de la grandeza humana, de lo que la nobleza humana es capaz; invariablemente, este rasgo es una constante en cualquier cuento de Navidad que se respete; y es el más importante. El personaje se halla al borde de una situación límite, en un sentido existencial. Pero lo que al principio podría transformarse en una tragedia, en algo negativo y adverso, todo deviene en bien al final. Por lo tanto, ahí se encuentra un elemento tragicómico. (Tal vez ésta sea la razón por la cual al cuento de Navidad no se le considera un género serio y respetable, sino un cuento de niños para niños.) La peripecia en el sentido aristotélico debe ser muy elaborada, retorcida, artificiosa. Por último, la misma fiesta de Navidad es un personaje, un catalizador de emociones y acciones, porque es determinante en la sicología de los personajes de carne y hueso, en la trama, en la atmósfera, en la revelación o en la epifanía espiritual con la que finaliza el relato. En consecuencia, el cuento de Navidad es muchas veces un *divertimento*, una pieza literaria donde la ludicidad es uno de sus elementos primordiales.

Sin embargo, el cuento de Navidad no nació de una manera espontánea, su origen se puede rastrear en las corrientes prerrománticas y en el cuento de invierno, que apela a lo telúrico, donde una manifestación cósmica determina una acción humana; por lo mismo, este tipo de narración sólo florece, y en abundancia, en los países del norte, donde el invierno sea inclemente y tenga mucha nieve. Toma también, y en abundancia, de la narrativa gótica de las postrimerías del siglo XVIII. Se podría afirmar que el cuento de Navidad es una narración romántica y gótica al mismo tiempo.

T. Hoffman, mucho antes que Dickens —cuya obra pertenece al gótico alemán; y hay autores que afirman que en este país tuvo su origen la Escuela Gótica; aunque después se haya desarrollado ampliamente en la Gran Bretaña— escribe un relato de Navidad. Sólo que éste no tuvo la difusión de la que ahora goza. Pero en este escritor de cuentos macabros encuentra otro ilustre antecedente.

El mismo Dickens, en la tradición inglesa, es considerado un romántico tardío. Lo anteceden directamente la Escuela Gótica y el Romanticismo ingleses. De estos dos periodos hereda e incorpora una gran variedad de aspectos o elementos narrativos en su obra: sobre todo las atmósferas densas, los personajes grotescos, deformes, retorcidos; y por otro lado los bellos, sublimes hasta la incredulidad; los ámbitos misteriosos o encantados, en ruinas; la ambigüedad, el misterio, la extravagancia, lo sobrenatural, lo surreal, el exceso y regodeo en las pasiones malsanas. Y algo muy importante: la forma del relato, lo plástico.

El personaje más célebre de Dickens —Ebenezer Scrooge— es como una gárgola extraída de cualquier catedral gótica. Contiene todos los rasgos de un personaje gótico. Y el cuento en sí es gótico: atmósfera densa, personaje grotesco, excesivamente apasionado por su dinero y su soledad, incapaz de una relación humana cordial; situaciones surrealistas y aparecidos y fantasmas (recuérdese el Fantasma de las navidades pasadas). La acción deviene en epifanía cuando Scrooge accede a compartir la fiesta

de Navidad con sus parientes y conocidos. La utopía de la felicidad se establece, porque el espíritu de la Navidad cambia el carácter de Scrooge, amenaza sus pasiones.

Pero conviene preguntarnos por qué esta época del año pone al ser humano tan sensible y lo hace abrir sus sentimientos a las influencias del exterior. Desde tiempos inmemoriales el solsticio de invierno fue una marca en el camino de la humanidad, mucho antes que sucediera el prodigio de Belén. Marcaba un fin y el inicio del año agrícola. Después, a partir de la Edad Media, la Navidad se celebra precisamente en el solsticio de invierno que significa el inicio del nuevo año solar, pues a partir de ese momento el día comienza a alargarse paulatinamente para desembocar en la primavera: dadora de dones y esperanzas. El Niño Dios en el pesebre es la nueva luz. Y está en el establo, sobre la paja, junto a la mula y al buey que lo calientan con su vaho: a su vez símbolos del ciclo agrícola.

Por tradición, pues, el solsticio de invierno se vuelve una época de hacer balances, evaluar la cosecha y fijar los planes para la siembra, para el futuro. El mismo invierno —en los países nórdicos— es época de recogimiento, de meditación, pues no hay mucho que hacer al aire libre. Como lo apunta P. Rodríguez en su libro *Mitos y ritos de la Navidad* (Barcelona, 1997.) “El invierno es un periodo muy propicio para que las relaciones que se entablan con el mundo sobrenatural sean más estrechas, más íntimas”. La Navidad se vuelve —o se debería volver— un periodo de inquietudes espirituales, de introspección, para escuchar voces ancestrales, para comunicarse con la divinidad. Sin embargo, apunta el mismo Rodríguez, la nuestra es:

“una sociedad es comerciantes que confunde la bondad y el amor con el gasto, la alegría con el consumo y los valores con el precio [...] una sociedad industrial que, aunque consumista, insolidaria y egoísta, gusta soñar con los valores tradicionales de la Navidad”.

Y por supuesto, uno de estos benditos sueños es el cuento de Navidad. No podría haber mejor definición. Un sueño de papel

donde sucederán las cosas como desearíamos que sucedieran. Se vuelve un tiempo y un espacio de lo factible. Donde la utopía y la magia de la Navidad tiene cabal realización. En el cuento de Navidad caben entonces todas las posibilidades del bien supremo, absoluto, todas las esperanzas, todas las imágenes por más inalcanzables o descabelladas que nos parezcan. Todas esas cosas que en el inclemente mundo actual, en la globalización, en la realidad cotidiana, no tienen cabida.

Por eso creemos que el cuento de Navidad sigue vivo, y casi inmutable. El relato navideño es un escape, es cierto, pero un remanso donde se puede todavía soñar, o el espejo donde el hombre se puede mirar para contemplar lo que ha ido perdiendo en el camino de la vida. En Inglaterra, obviamente se sigue cultivando, lo mismo en Francia (Guy de Maupassant tiene el suyo, por ejemplo); Michel Tournier escribió una novela-ensayo sobre los Tres Reyes Magos; y por él sabemos que la adoración de los reyes es la imagen o el motivo que más se repite en el mundo occidental cristiano: está en todos los museos del mundo. Se repite más que san Sebastián o que La Anunciación. En España, doña Ermila Pardo Bazán tiene sus *Cuentos de Navidad y Reyes*. Y cada año los suplementos culturales de ese país publican cuentos de Navidad.

El folclor de los países nórdicos está íntimamente ligado al ambiente, en consecuencia al cuento de invierno. Knut Hamsun en Noruega, H. C. Andersen en Dinamarca o Selma Lagerlof en Suecia son tres narradores que han hecho contribuciones al género. De ésta debemos mencionar los cuentos de invierno como *Ingrid Berg* y *Astrid* o su hermoso relato titulado *El carretero de la muerte*, que narra la historia del hombre que muere en el último segundo del año y que debe conducir el carromato de la muerte durante los doce meses siguientes. Éste sería un ejemplo extremo de cuento de invierno, gótico, de Navidad y telúrico. Las de esta autora son narraciones que tienen su basamento en las leyendas de su país, en la tradición popular, por lo tanto en la tierra.

Por su parte, Hans Christian Andersen es el autor del clásico. Y en la narrativa norteamericana, por citar sólo algunos, hay ejemplos magistrales, empezando por Washington Irvin, que descubrió a Santa Claus en uno de sus relatos y luego la Coca-Cola se encargó de darle el traje, el color y la figura que ahora conocemos. También le pusieron en los labios el mensaje: Jo, jo, jo, según P. Rodríguez. Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*, juntó sus relatos de Navidad en un volumen. O. Henry, el escritor de cuentos policiacos, considerado como uno de los padres del cuento en su país, tiene "Navidad en el chaparral". Truman Capote, que casi al final de su vida le confesó a George Plimton, en una entrevista memorable, que se sentía orgulloso de haberle dejado a las letras americanas una novela y un cuento de Navidad. *Smoke*, de Paul Auster, es uno de los cuentos de Navidad más hermosos que hemos leído, también considerado un cuento posmoderno. Y aquí se debe agregar un largo etcétera.

Por otro lado, el México decimonónico no escapó al influjo dickensiano, como nos lo demuestra la antología de textos de Navidad y el estudio puntual de José Ruedas de la Serna, en *Presente de Navidad* (UNAM, 1996). Ahí nos dice que la literatura navideña europea llegó a México con la tradición de los cuentos de Dickens en 1870, y que al año siguiente se empezaron a publicar los primeros textos navideños mexicanos. Manuel Gutiérrez Nájera, José Tomás de Cuéllar, Ángel de Campo, Manuel Sánchez Mármol, Luis G. Urbina y hasta el mismo Guillermo Prieto son los escritores antologados. E incorporan al relato imágenes y costumbres de nuestra tradición vernácula: como piñatas, nacimientos y pedir posada.

Ese mismo año, 1870, en diciembre, Altamirano publica su obra maestra, *La Navidad en las montañas*. Sólo que Altamirano ya había leído a Dickens en la lengua original. Y fue por pedido de Francisco Sosa que nuestro autor, él mismo lo consigna en el prólogo, escribe esta obra. Lo curioso es que, en estas latitudes, el cuento navideño se cultivó más asiduamente en el siglo XIX, y en el siguiente casi se le olvidó por completo. Una explica-

ción a esta falta de interés por parte de los escritores, sería que la Pastorela, aunque sigue siendo un género dramático, contiene una fábula navideña, que sustituye con creces a la otra forma. Un género de origen colonial que funcionó primordialmente como método catequizador y didáctico, pero que, con el tiempo, devino en satírico, en farsa cómica. Otra explicación sería que con el cine importado nos llega una historia navideña de vez en cuando. Aunque también, esporádicamente, aparece en nuestro medio algún cuento de Navidad. Un ejemplo de lo anterior es el rescate que Esther Hernández Palacios hace de los *Cuentos de Navidad* (IVEC, 1994), de la pedagoga veracruzana Bertha von Glümer. También Agustín Yáñez, en 1948, da a la estampa sus *Episodios de Navidad*. O la antología de *Cuentos eróticos de Navidad* (Tusquets Editores, 1999), donde encontramos un texto de Andrés de Luna. También Hernán Lara Zavala tiene el suyo, titulado *Flor de nochebuena*, que publicó en un suplemento cultural y después recogió en sus cuentos *De Zitilchen*.

Joaquín Monzó, escritor catalán, en 2003, publicó *Tres Navidades*, en Narrativa del Acantilado. Son tres cuentos que de alguna forma revisan el género a través de tres cuentos clásicos. Desmonta el discurso y hace una nueva lectura.

Pero volviendo al texto inaugural y canónico de nuestras letras, el de Altamirano, incluye los ingredientes del de Dickens, claros y precisos. Tiene lugar en la Noche Buena y en la sierra boscosa de su natal Guerrero. Se trata de un relato romántico, lírico en sus descripciones del ocaso sobre los pinares y las gargantas de las cordilleras. Se respira una atmósfera solemne, religiosa, casi mística, de comunión entre el cosmos y los seres humanos que lo habitan. Es un villancico en prosa, como lo afirma Gabriel Said en su prólogo a una edición de Jus. Por momentos el lector tiene la sensación de estar mirando un *nacimiento*, o un Belén, como se le denomina en España a estas instalaciones populares. Y la epifanía se revela cuando el soldado narrador (liberal, juarista, comecuras), que perdido después de una batalla baja a un pueblito asentado en el fondo de una cañada a pasar la

Navidad, asiste a Misa de gallo y descubre la esplendorosa utopía en la que se vive en dicha comunidad. Y cae en la cuenta que se trata de la misma utopía por la cual él, en última instancia, andaba luchando en la guerra. La revelación es deslumbrante.

El líder de la utópica comunidad es un sacerdote, casi un santo anacoreta, que en nuestro siglo sería visto como un clérigo perteneciente a la llamada Teología de la Liberación. Es un relato bello y conmovedor con su epifanía. A pesar de que los biógrafos de Altamirano nos enseñan que él era un hombre liberal, no creyente; que había participado en la desamortización de los bienes del clero, y que había tomado el hacha, con Guillermo Prieto, para tirar los altares barrocos de muchas iglesias de la ciudad de México.

Y ahora, qué bendita paradoja, influidos por el espíritu de Dickens, ambos escribían cuentos de Navidad. Las vueltas que daba el mundo.

Por último, lo que comúnmente llamamos en nuestros días el “espíritu navideño” sería esta agrídulce amalgama de nostalgia de la revelación y de la ausencia de lo divino en nuestras vidas; del deseo ancestral, ontológico de epifanía, de las esperanzas y anhelos porque el futuro sea mejor de lo que ha sido hasta ahora. Por desgracia se trata de cosas que solamente se pueden hallar en la ficción —y a granel—, en el cuento de Navidad. Una prueba más de que la condición del hombre es desear, añorar. Deseos de que la Buena Nueva siga teniendo sentido, aunque sea por un día: el 24 de diciembre, de que se haga verdad aquella historia que corrió en boca de los pastores, porque todo relato de Navidad es un relato de pastores, de aquellos pastores que siguen vivos: *Gloria in excelsis Deo*.

BIBLIOGRAFÍA

ALCOTT, Louisa May, *La pequeña mujercita, un cuento de Navidad*, A. S. I., Tulsa, Oklahoma, 1999.

- ALTAMIRANO, Ignacio M., *La Navidad en las montañas*, Jus, México, 1998.
- AUSTER, Paul, *Smoke*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- BOTING, Fred, *Gothic*, Routledge, London, 1996.
- CAPOTE, Truman, *Tres cuentos*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- DICKENS, Charles, *The Christmas Books*, Penguin, London, 1994.
- GARCÍA BERLANGA, Luis (compilador y prólogo), *Cuentos eróticos de Navidad*, Tusquets Editores, Barcelona, 1999.
- GLÜMER, Bertha von, *Cuentos de Navidad*, Cuadernos de Cultura Popular, IVEC, Veracruz, 1995.
- HENRY, O., *Detectives y ladrones*, Editorial Offset, México, 1984.
- HOFFMAN, E. T., *Cuentos fantásticos*, Porrúa, 1970.
- IRVING, Washington, *Cuentos*, Novaro, México, 1964.
- LAGERLOF, Selma, *El carretero de la muerte*, Populibros La Prensa, México, 1960.
- , *Ingrid Berg*, Populibros La Prensa, México, 1960.
- LARA ZAVALA, Hernán, *De Zitelchen*, Lecturas Mexicanas, 1978.
- MAUPASANT, Guy de, *El horla y otros cuentos fantásticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- MONZÓ, Quim, *Tres Navidades*, Narrativa del Acantilado, Barcelona, 2003.
- RODRÍGUEZ, Pepe, *Mitos y Ritos de la Navidad. Origen y significado de las celebraciones navideñas*, Ediciones B, Barcelona, 1997.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (compilador y prólogo), *Presente de Navidad. Cuentos mexicanos del siglo XIX*, UNAM, México, 1994.
- TOURNIER, Michel, *Melchor, Gaspar y Baltazar*, EDHASA, Barcelona, 1996.